



que el vencimiento moral, que la derrota del espíritu. Indudablemente lo tiene. Y no es aquello de «no ver realizado su deseo en el desencanto y libertad en Dulcinea.»

Esto es más bien una manera de preparar, de justificar el fin del loco que muere cuerdo; es como hoy diríamos «una habilidad técnica».

Tiene otro origen esa melancolía, y no es otro que la misma melancolía de los últimos tiempos de Cervantes, que como don Quijote se ve vencido moral y materialmente. Ese sentimentalismo de D. Quijote en sus últimos días es el mismo que siente Cervantes en su corazón, amargado por cuantos dolores pueden ulcerar alma humana.

Comparamos las palabras de D. Quijote antes de morir con las palabras que Cervantes dirige a su padrino D. Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, y en Villalba en la dedicatoria a la última obra «Los trabajos de Persiles y Sigismunda.»

Son las mismas palabras suaves y acariciadoras, templadas y surgidas cristianamente — en el sentido real y verdadero de la palabra. — Son las mismas ideas del libro inmortal, vividas por Cervantes en el umbral de lo desconocido, de la muerte.

Por esto es seguramente el mejor capítulo de D. Quijote, el último. Por que es un retrato de lo que Cervantes esperaba; porque ese capítulo de la muerte es el que más realmente vivió el autor.

La muerte del cuerdo

Es indudable que el decaimiento corporal acarrea el espiritual, que la flaqueza de la carne trae aparejada la flaqueza del espíritu.

Ved como el espíritu de Cervantes va experimentando el proceso.

Recordadle pobre, desvencijado, viejo, gangrenada su alma por los golpes que sufrió en su azarosa vida. Sus últimos años son un completo calvario. La muerte de sus dos hermanas, D.^a Andrea y D.^a Magdalena. La primera muere en el año 1609 y la segunda en el 1611.

Cuatro años más tarde — el 31 de Octubre de 1615 — da fin al ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha. Este fué el golpe — acaso el más certero — que acabó con su vida. El sabe que don

Quijote es él mismo. Y sabe que escribir el último capítulo, con la muerte del aventurero, es escribir su misma muerte. Es firmar su pasaporte para el más allá. Pero no se arredra y lo escribe. ¿Como nó? ¿Como dejar a la voracidad de escritorzuelos de tres al cuatro, más necesitados de la olla que de honores, la posible continuación de las aventuras de Alonso Quijano? No, no es posible. Hay que matar a D. Quijote aún sabiendo que que ha de acabar él mismo.

Por si esto es poco, aún le acecha la enfermedad, la enfermedad de que nos habla el malogrado sabio cervantista y no menos ilustre médico, Sr. Gómez Ocaña en unos de sus admirables libros.

Dice el inolvidable catedrático de Fisiología de San Carlos, que Cervantes murió indudablemente atacado por una enfermedad cardíaca. Vulgarmente se cree que era la hidropesía; pero no; existió esta enfermedad como síntoma de otra más grave, de otra más cruel. *La arterio-esclerosis*. Esta es la enfermedad que según el Sr. Gómez Ocaña acabó con los días de Cervantes y que coincidiendo con los más grandes especialistas cree que produce en el ánimo del enfermo, el abatimiento y la obsesión continua de la idea de la muerte. Es una enfermedad que permite al enfermo conservar hasta los últimos instantes de la vida, ileso el cerebro. Solo hiere al aparato circulatorio, y produce «la vejez de la sangre, pero no la senectud del entendimiento.»

Considerad pues sí todos estos factores no son suficientes para que aún en una naturaleza fuerte, sana y vigorosa, y en un espíritu por muy recio y viril que sea, no se adentren todos los abatimientos y todas las melancolías.

Recordad la muerte del genio confortado espiritualmente, por el licenciado Francisco López en aquel aposento que le servía de alcoba, biblioteca y dormitorio, diciendo lo que D. Quijote aquezaron «tan bien dichas, tan cristianas, con tanto concierto.»

El día 23 de Abril dió su alma y el 24 era llevado a hombros de los terciarios «con la cara descubierta como a tercero que era» para ser sepultado en la iglesia de los Trinitarios. Su sepultura se perdió al correr del tiempo y aún no sabemos el sitio en que descansan sus restos.

FRANCISCO TOLSADA.

20 Abril 1920.